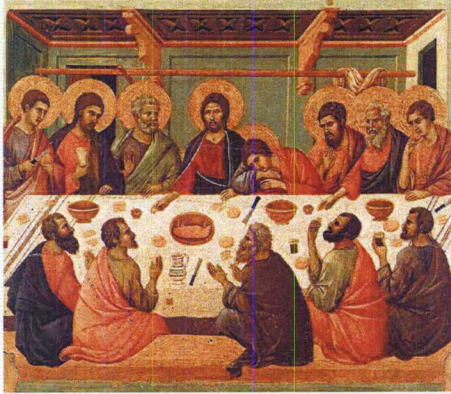


Santa Pascua de Resurrección 2012



A los Rogacionistas
A las Hijas del Divino Cielo
A las Misioneras Rogacionistas
A los Laicos de la Familia del Rogate

Mientras comían, Jesús tomó pan y, después de pronunciar la bendición, lo partió, lo dio a los discípulos y les dijo: «Tomad, comed: esto es mi cuerpo». Después tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias y dijo: «Bebed todos; porque esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados. Y os digo que desde ahora ya no beberé del fruto de la vid hasta el día que beba con vosotros el vino nuevo en el reino de mi Padre». (Mt 26, 26-29)

Muy estimados,

El tiempo litúrgico de la Cuaresma que estamos viviendo es un don renovado que el Señor nos llama a acoger con corazón agradecido de hijos. Somos acompañados, en particular, por la sacra Liturgia, que día tras día nos ayuda a mirar hacia la Pascua del Señor y a andar juntos con Jesús camino a Jerusalén.

“Señor, Padre Santo - rezamos en estos días - tú concedes a tus hijos anhelar, año tras año, con el gozo de habernos purificado, la solemnidad de la Pascua, para que, dedicados con mayor entrega a la alabanza divina y al amor fraterno, por la celebración de los misterios que nos dieron nueva vida, lleguemos a ser con plenitud hijos de Dios”.

El Santo Padre en su mensaje cuaresmal nos recuerda que “la Cuaresma nos ofrece una vez más la oportunidad de reflexionar sobre el corazón de la vida cristiana: la caridad. En efecto, este es un tiempo propicio para que, con la ayuda de la Palabra de Dios y de los Sacramentos, renovemos nuestro camino de fe, tanto personal como comunitario. Se trata de un itinerario marcado por la oración y el compartir, por el silencio y el ayuno, en espera de vivir la alegría pascual”.

Benedicto XVI nos ofrece indicaciones preciosas para vivir la Pascua, que es momento de intensa comunión con el Señor Jesús especialmente en la Cena Pascual, y para interrogarnos sobre la comunión fraterna que Él nos ha dejado, como testamento, antes de volver al Padre. El amor del Padre, que en Jesús se manifiesta eminentemente sobre todo en su sacrificio pascual, nos impulsa a vivir en comunión entre nosotros en lo concreto de las relaciones de cada día. De esta manera «Fijémonos los unos en los otros para estimularnos a la caridad y a las buenas obras» (Eb 10, 24).

